

Rocca di Papa, 21 de junio de 1984

Esculpir en nosotros la figura de Cristo¹

Estamos siempre caminando en el "santo viaje" de la vida. Y hay quien ya lo ha concluido y quien lo comienza con nosotros. Un viaje en el cual domina la "tensión a la santidad", que es un deber de cada cristiano. También yo trato cada día de no frenar la carrera sino que, con la gracia de Dios y apoyada en la oración, me esfuerzo por caminar.

Es por ello que en mi viaje a Estambul llevé conmigo un librito que puede dar óptimas sugerencias al respecto: "Imitación de Cristo". Si bien referido a quienes recorren otro camino espiritual, diferente del nuestro, un camino más individual, da sugerencias útiles también para nosotros que transitamos un camino más colectivo. Y las da con sabiduría y experiencia.

Su característica es, por ejemplo, acentuar la importancia de las virtudes.

Ustedes saben cómo nosotros, en el esfuerzo por adquirirlas y en la lucha contra los vicios opuestos, llamados por Dios a hacer del hermano nuestra "fortuna", encontramos precisamente en el amor a Dios la renuncia a nosotros mismos. Y ustedes saben cómo nuestra praxis para crecer espiritualmente no consista tanto en combatir defecto tras defecto, sino más bien en evitar los obstáculos, en "cambiar de habitación" -como solemos decir-, "viviendo los otros" y poniéndonos así en la caridad, fuente de toda virtud.

Sin desconocer que también nuestros Estatutos subrayan particularmente las virtudes, y es nuestro deber tomarlas en consideración; sobre todo a medida que progresamos en el camino espiritual.

Por otra parte, Jesús abandonado -al cual le hemos dado la vida- es para nosotros el modelo de todas las virtudes y siempre repetimos que queremos amarlo no sólo en el dolor, sino también en la práctica de las mismas.

La caridad, en efecto, plasma en nosotros la figura de Cristo, porque al amar se es otro él. Pero al amar a Jesús abandonado en la práctica de las virtudes, se tiene la impresión de esculpir esa figura de Cristo en nosotros, de acabarla con perfección.

Ahora bien, se puede observar como, no obstante nuestro amor hacia los hermanos, arrastramos desde hace años pequeños o no tan pequeños defectos, a veces superficiales, pero que le quitan algo a la belleza de Cristo en nosotros. Y a menudo nos lamentamos con nosotros mismos, porque nos humilla vernos tan imperfectos a pesar de todos nuestros esfuerzos.

¿Cuáles son esos defectos? Cada uno tiene los propios. A veces echamos a perder lo que hacemos por el apuro, o llevamos a cabo imperfectamente la voluntad de Dios, nos distraemos en la oración, nos detenemos en tonteras propias del mundo, o no sabemos moderar la gula. Frecuentemente nos vence la curiosidad, caemos en la vanagloria, o hablamos inoportunamente y sin necesidad. Estamos apegados a las cosas, somos dependientes de la televisión, queremos que los demás nos sirvan, somos inconstantes, etcétera.

¿Qué hacer, entonces?

Cuando se trata de costumbres malas, Jesús nos invita a actuar con decisión, como cuando afirmó: "Si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecado, arráncalo..." (Mt. 5, 29).

Por lo tanto, también nosotros, si bien continuando en el camino del amor, no tenemos que vacilar y -por amor a Jesús abandonado- erradicar vicio tras vicio.

El libro "Imitación de Cristo" dice que no es fácil; es más, afirma que si llegáramos a liberarnos de un vicio por año, en poco tiempo seríamos perfectos.

¹ Publicado en *Juntos en Camino*, Editorial Ciudad Nueva, , pág 25

Yo estoy convencida de que en nuestro camino hay más posibilidades. El amor ayuda, el amor es renegarse a sí mismo y quemar también estas cosas.

De todos modos, puede hacernos bien tomar en consideración algún defecto y tratar de acostumbrarnos a la virtud opuesta.

Asegura "Imitación de Cristo" que con la costumbre opuesta se vence una costumbre mala.

Coraje, entonces, ¡y manos a la obra!

La Virgen nos ayudará. Ella sabe que queremos darle el regalo de nuestra santificación. No seamos menos que los atletas, que hacen grandes esfuerzos por un triunfo meramente humano.

Que el amor por Jesús abandonado, amado en la lucha por conquistar las virtudes, obtenga la victoria más grande.

Chiara Lubich

(De Chiara Lubich, *Juntos en camino* Ciudad Nueva, Buenos Aires, 1988)